

Junto al amplio conocimiento del resto de estudios sobre Sófocles, Marcos Martínez Hernández presenta un elogiado espíritu crítico en su tratamiento. Como diría su maestro Lasso de la Vega, el discípulo «baja al ruedo» a la hora de contradecir opiniones asentadas, como aquella de que la tragedia no es erótica. Sus argumentos provienen, además, tanto de la Antigüedad como de la perspectiva presente, pues incluyen los temas y motivos eróticos, lo mismo que el estudio léxico; el apartado del erotismo ofrece un interesante repertorio de términos amatorios.

Uno de los capítulos mejor logrados del conjunto es el dedicado a la Soledad. Resulta muy interesante el tratamiento del *Filoctetes* como precursor del motivo robinsoniano de la isla desierta y sus connotaciones sobre la condición social del ser humano.

El capítulo de la tradición se centra en la presencia de Sófocles en las citas de Plutarco, mostrando que el segundo es una fuente fundamental para el conocimiento del primero (su vida, su obra y estilo) y aportando de paso evidencias de las fechas en las que algunas obras pudieron perderse. Aquí señala el autor que para Plutarco el «dar testimonio de los grandes autores del pasado y, especialmente, de los poetas, confiere peso a sus propias palabras». Estas palabras serían extensibles al propio autor de este *Sófocles*, que ha dado a lo largo del libro tantos y tan pertinentes testimonios.

Por último, la bibliografía es muy completa y apenas hay errores tipográficos.

Helena GONZÁLEZ VAQUERIZO
Universidad Autónoma de Madrid

Juan MERINO CASTRILLO, *El viaje al más allá en las literaturas hispánicas hasta Berceo*, Logroño (España), Instituto de Estudios Riojanos, 2009, 371 pp.

La visión ultramundana es un argumento literario singular en la Edad Media: el relato de un hombre que ha vuelto en sí, tras pasar por un estado catatónico en el que su alma, separada del cuerpo, ha recorrido la residencia de los muertos guiada por otra alma. La iniciación pasa por tres estados que coinciden con la evolución de los relatos hagiográficos: el individuo es segregado del grupo al que pertenece, atraviesa el umbral o *limen* y cambia de dimensión y, por último, regresa a la vida normal, pero con un nuevo rol.

Este subgénero literario que constituyen los relatos de visiones probablemente provocaría perplejidad en el lector actual e, incluso, sería considerado como manifestación de fanatismo religioso, sin embargo se trata de una expresión literaria íntimamente ligada a la mentalidad y al contexto socio-cultural del medievo. Pues bien, Juan Merino, licenciado en Filología Clásica y doctor en Literatura Española y Teoría de la Literatura, va a centrarse en el análisis de los elementos fundamentales, tópicos, lugares comunes, etc. del subgénero visionario en la literatura hagiográfica del Medievo hispánico y su evolución en el tiempo. Para este propósito, opera con un *corpus* de textos que abarca una franja temporal bastante amplia: toma como punto de parti-

da al autor calagurritano Prudencio, del siglo IV; pasa por obras como las *Vidas de los Santos Padres de Mérida*, del primer tercio del siglo VII o la *Compilación hagiográfica* de Valerio Máximo, encuadrado en esa misma centuria, y llega hasta *El Poema de Santa Oria* o la *Vida de Santo Domingo de Silos*, de Gonzalo de Berceo, perteneciente ya al siglo XIII.

Este trabajo se encuentra articulado en quince capítulos, pero el grueso del mismo se desarrolla a partir del cuarto, cuando se empiezan a suceder una serie de apartados dedicados a glosar los ingredientes esenciales de los relatos visionarios ordenados en secciones, según la progresión cronológica de la narración.

Uno de los fundamentos de la literatura visionaria es el afán de veracidad que el autor trata de imprimirle a su obra. El deseo de subrayar que lo narrado ocurrió realmente y que el relato es exquisitamente fiel a los hechos se convierte no sólo en un recurso ineludible, sino en un tópico de estos viajes intelectuales. Como recurso de autoridad el autor suele aportar datos concretos y apelar a personajes singulares que pueden dar testimonio de los acontecimientos. Juan Merino apunta a que la recurrencia de este tópico se debe al propio valor prospectivo de estos relatos: se tiene la necesidad de reforzar la fe del lector en la naturaleza empírica de las experiencias visionarias.

Teniendo en cuenta que esta expresión literaria no es que esté totalmente unida al cristianismo sino que nace de las prescripciones sociales y morales que éste imprime, no es de extrañar que el quinto capítulo esté dedicado a exponer el papel preeminente que el sufrimiento y la edificación moral cobra en estos relatos. El autor señala la evolución que estos elementos experimentan desde el *Peristephanon* de Prudencio hasta las obras de Berceo: dado que en épocas más tardías el cristianismo ya no estaba perseguido, era necesario adaptar el género a tiempos de paz, y para ello se equipara una vida de pobreza y servicio a Dios con el martirio, como dos formas semejantes del desprecio de la vanidad mundana. El *cursus meritorum* prescrito para alcanzar la gloria eterna era el trabajo, la oración, los ayunos y las vigiliass, como antídoto contra el atractivo de los placeres terrenales.

El sexto capítulo (pp.123-130) se centra en el análisis del tópico de la humildad y de la inefabilidad de la materia. El autor del relato se afana en confesar su mezquindad intelectual y en transmitir su propia inferioridad moral o del protagonista. No obstante, todo se reduce a la existencia de una oposición insalvable entre los binomios cielo-tierra, divino-humano o eterno-efímero, es decir, que el encargado de poner por escrito esta experiencia ultramundana carece de capacidad suficiente para describir cosas que no se encuentran en el mundo que le rodea.

En el capítulo séptimo (pp.130-150) Juan Merino va a entrar más en materia estudiando el sueño como vía de acceso apropiada al mundo de las visiones, así como las circunstancias externas que propician la manifestación de las mismas. La visión ha de sobrevenir en un período de indisposición física, que se muestra en forma de debilidad o enfermedad, y siempre en la madrugada, justo entre la medianoche y el amanecer; por otra parte, el sueño debe ser ligero, lo cual permita realizar una descripción exacta de las maravillas experimentadas: no hay somnolencia, lo que insinuaría engaño.

A la idea de que el menosprecio de lo terrenal, el *contemptus mundi*, implica la bienaventuranza ultramundana dedica Juan Merino el octavo capítulo (pp.151-178).

En la mentalidad medieval, arraigada sobre todo en el pensamiento monástico, el alma logra acercarse a la gloria eterna cuando se desprende de la cárcel corporal, de los estímulos sensoriales, de la tierra. Al mérito del martirio voluntario se suma, en los casos femeninos, la castidad, la condición virginal. El autor nos expone que en lo sucesivo este motivo será frecuentísimo en el género y que, entre otros, Valerio del Bierzo, Leandro de Sevilla, el pasionario hispánico y Berceo lo adaptan a sus temas.

A continuación encontramos un capítulo destinado a analizar la naturaleza del alma humana (pp.179-186). Éste era uno de los elementos que no podía quedar sin explicación en los relatos de visiones, puesto que se trata de un escollo conceptual al que se enfrenta la teoría escatológica: cómo justificar la supervivencia de un ente de naturaleza material en el mundo ultraterreno. La respuesta está en la concepción dualista del ser humano, compuesto de cuerpo material y alma intelectual (*sensus/mens*), que encontramos tanto en la literatura bíblica como en la filosofía pagana, y que se traduce como el tópico del cuerpo como cárcel del alma. No obstante, Juan Merino recalca que en la hagiografía medieval, quizá por incapacidad conceptual, las ánimas son descritas en dimensiones físicas.

Desvelado el carácter ingrávido y etéreo del alma, el autor desarrolla seguidamente la problemática de la ascensión de la misma a los cielos: dado que el paraíso cristiano está ubicado en el éter, la transmigración adopta la especie de vuelo. En este décimo capítulo se habla de la relevancia que cobran varios elementos como la luz y el brillo, la virginidad o el tópico del puente estrecho que une dos mundos. Tenemos dedicado a la paloma, *vas electionis*, un apartado especial atendiendo a su condición de animal psicopompo, representación alegórica del tránsito etéreo y símbolo de pureza por su blancura.

A continuación nos enfrentamos al capítulo más extenso de la obra (pp. 219-288), destinado a exponer la concepción del paraíso que nos presentan los relatos de visiones, descrito sistemáticamente como un *locus amoenus*. Juan Merino concluye que el trasmundo cristiano responde a una *communis opinio* y que su representación en la literatura a lo largo de los siglos varía poco: recepción solemne al venerable nuevo habitante, compartimentación en distritos, presentación de las almas en grupos multitudinarios y un paraíso pintado como un lugar apacible, de vegetación y ambiente de ensueño; la deidad suprema, mostrada bajo figura antropomórfica y rodeada de un séquito de personajes vestidos de blanco, constituye el centro de la escena trasmundana. En este capítulo también se le presta especial atención al recurso de la anagnórisis, por el cual los que alcanzaron la gloria reconocen a personajes con los que tuvieron contacto en vida, o al lirio y la rosa, que pervivieron como símbolo a lo largo de toda la Edad Media.

En el capítulo siguiente (pp.289-298) abandonamos el idílico paraíso para viajar al tormentoso infierno cristiano. Juan Merino aprecia que todas sus características y componentes compiten en negatividad con el Tártaro grecorromano, empleándose elementos paganos esenciales, incluso en lo tocante a la terminología. En los relatos de visiones, como los de Valerio, en los que se incluye una descripción del mundo inferior, se hace uso de una parafernalia de horror que se debe a que el hombre medieval necesitaba muchas dosis de temor para abandonar sus intereses terrenales, se busca

oponer un abismo tenebroso y triste a un más allá dichoso. No obstante, el autor recalca que este elemento no goza de un tratamiento homogéneo en la literatura hagiográfica, pues en autores como Grimaldo o Gonzalo de Berceo no existe ni la más mínima referencia al infierno en contextos visionarios.

A continuación el autor nos ofrece un breve capítulo (pp.299-306) en el que nos habla de la condición de intermediarios y protectores que ostentan los protagonistas de estos relatos tras ascender a la gloria, así como de sus apariciones a personas próximas, que sirven para constatar que las visiones previas fueron cumplidas. En el último capítulo Juan Merino compara los relatos de visiones con el *Comentario del Apocalipsis* de Beato de Liébana y comprueba la existencia de un gran número de concomitancias temáticas, argumentales, espirituales e, incluso, literales que obedecen a un ideario cultural aprendido y asimilado del que todos los hagiógrafos y tratadistas medievales son deudores.

Tras analizar los elementos principales del subgénero visionario en distintos autores y en diferentes épocas, Juan Merino concluye que existe una estructura básica no rígida, pero sí constante y guarnecida de tópicos también perseverantes y duraderos. No obstante, los relatos de visiones ultramundanas no permanecen invariables a lo largo de los siglos ni impermeables a los cambios socio-culturales: la intención prescriptiva y punitiva predomina en la Alta Edad Media, mientras que la descriptiva y estimulante, con Valerio y Berceo como máximos exponentes, en el período posterior; el *uir sanctus* evoluciona del modelo arquetípico ofrecido por Prudencio a uno individualista; pero lo más importante es que el trasmundo literario, que era tomado como algo veraz durante la Edad Media, se convierte en un mero recurso poético a partir del siglo XIV.

Tras haber realizado una sucinta revisión de lo que Juan Merino nos expone en este erudito trabajo, deseamos recomendar su lectura. Como se ha podido comprobar, la temática desarrollada y el *corpus* de textos con el que se opera resulta sumamente interesante; por otra parte, la división interna de la obra es clara, y el hecho de que se trate punto por punto cada elemento favorece su comprensión y un buen seguimiento. No obstante, y a pesar de lo atractiva que resulta una materia entroncada con el mundo del más allá y el imaginario cristiano, lo cierto es que a veces la redacción, muy cuidada, ciertamente, pero un tanto oscura, la utilización de una terminología demasiado precisa y la no incorporación de traducciones de aquellos pasajes citados en latín dificultan el ritmo de la lectura y la hacen más pesada a ojos de cualquier lector no familiarizado con este campo de estudio.

Con todo, esto no merma la calidad de *El viaje al más allá en las literaturas hispánicas hasta Berceo*, que se erige como una obra muy interesante, permitiendo al lector adquirir un conocimiento nada superficial de la temática expuesta, gracias a que el autor no sólo atiende a parámetros literarios sino que los contextualiza relacionándolos con aspectos culturales, sociales y religiosos.

Nuria DEL CASTILLO LEBOURGEOIS
Universidad Complutense de Madrid